Carta de un gordo al mundo

J Roco

Capítulo 1

Di un sorbo, y luego otro. Masticaba sin pensar y trabaga con rapidez. Aletargado en el lento sucumbir de la gula sobre la razón, nunca dejas de sentirte culpable, pero tampoco llegas a saciarte del todo. Y ya no hablo de saciar el estómago, sino de saciar la culpabilidad, el estrés, la ansiedad, el desenfreno y el desdén. Factores importantes todos ellos, ya que cuando están presentes en tus pensamientos, difícil, pasando por titánico, es el hecho de no recaer, y ni hablemos ya de poder parar.

Solo cuando con el último bocado has ahogado la premisa del desprecio a ti mismo, solo cuando despejas las incógnitas de lo obtuso en tu conciencia, solo cuando... Solo cuando, es cuando estás listo para aparcar el utensilio de saciante tortura.

Y hablando de cosas que salen y entran por la boca, son las palabras las que tienen la culpa de todo. Son los conceptos empuñados por trivialidades personificadas como si fueran instigantes rayos de Zeus que cargan contra mis capas de grasa, abundante y desdichada, y que apalean cada rasgo que caracteriza a mi personalidad. Y por muy semejantes a mí que sea todo cruento ser que me sobrevuela con insultos y mofas, nunca podré ponerme a su nivel como la escala social lleva comprendiéndolo desde que la balanza del canon se posicionó en mi contra. Y es frustrante, ya no por el grado de dolor al que soy sometido cada vez que soy vilipendiado por los demás, sino porque estoy confinado en un cuerpo que, independientemente de que me lo haya o no buscado, no me da lugar a la defensa, a la oportunidad de buscar redención personal a través de dar a conocer mi pensamiento; ya que siempre consigo lo contrario, palabras vanas convertidas en un acto cómico y patético para los oídos que pocas veces captan mi atención cuando estos no están escudados en la parafernalia del ego, en la supremacia de la escala social o en el regazo del rechazo a lo estéticamente incorrecto y de apariencia insalubre.

Y por todo ello, ahora mismo no me estoy planteando ejercitarme como salida racional al problema que la vida me ha presentado, ni tampoco quiero atreverme a aprender a convivir con mi cuerpo, pues al fin y al cabo eso solo sería cegar de manera positiva una parte de la realidad que me concierne y en la que llevo desde hace mucho atrapado.

En cambio, sí que he sido capaz de elegir la opción rastrera y cobarde, el camino rápido o la salida de emergencia, el nombre realmente no importa. Por eso, tal y como decía al principio de esta carta, ahora mismo estoy enjugándome las lágrimas con el culo de la botella que contiene el alcohol que estoy mezclando con una sobredosis de pastillas. Así, trago trás sorbo, mordida tras mascada, recorreré un camino del que nunca estaré orgulloso, pero que me servirá para alcanzar algo por lo que llevo años

rogando; comprensión.

Atte. un gordo.

/watch?v=zLHjxnd_QhY